

PERIÓDICO CRISTIANO

AÑO VI

FUNDADOR D. ANTONIO CARRASCO

NÚM. 140

AVISO IMPORTANTE.

Rogamos á nuestros suscritores de provincias y del extranjero que hagan efectivo en esta Administración el importe de las suscripciones que adeuden; pues, de lo contrario, nos veremos en la precisión de no volverles á remitir nuestro periódico. Todas las cartas vendrán dirigidas á don Andrés Sanchez del Real, Santa Isabel, 39, 2.º, derecha.

ERRATA NOTABLE.

En nuestro último número, al final del artículo titulado *D. Antonio Carrasco*, se leían estas palabras: «sus conferencias en la ex-capilla de la Madera Baja,» y debía decir: «sus conferencias en la capilla, etc.» Hacemos esta rectificación para evitar el que esta errata, meramente de imprenta, pudiese ser mal interpretada.

ADVERTENCIA.

Como nuestros lectores habrán podido comprender, las dificultades con que hemos tropezado para que nuestro periódico siga publicándose, han sido grandes, y aún no están del todo resueltas. No se estrañen, pues, nuestros abonados que el número no haya salido en el día oportuno. Nuestro periódico no es una empresa mercantil, como saben todos los que le leen: no tenemos otro objeto que, en la medida de nuestras fuerzas, difundir la fé evangélica y predicar, con el escrito, la doctrina de Jesucristo. Huérfanos de la tutela de nuestro llorado director; faltos, en parte, de los medios materiales de que él disponía para llevar adelante esta publicación, muchas veces nos hemos desanimado; pero Dios ha venido en nuestra ayuda, y es de creer que no tengamos que suspender nuestro periódico. De todas suertes, imploramos el auxilio de nuestros hermanos del extranjero y de España para que nos ayuden, y confiamos en que Jesús nos seguirá llenando de mercedes como hasta aquí. Es posible que desde el mes que viene demos nueva forma á nuestra publicación: esto lo han de decidir los recursos con que contemos para continuarla. Entretanto, rogamos á nuestros suscritores que no nos abandonen; repetimos que no se trata aquí de una empresa industrial, y si solo de una obra cristiana. En el número siguiente podremos ya darles noticias de la forma y modo en que ha de continuar nuestro periódico.

LA LUZ.

MADRID 1.º DE ENERO DE 1874.

Al comenzar un nuevo año, solos, sin el concurso de aquella enérgica inteligencia que tan buenos servicios, así en la tribuna sagrada, como en la prensa religiosa, prestó á la causa evangélica, sin el concurso del fundador de nuestro periódico, D. Antonio Carrasco, la pluma parece intenta caerse de nuestra mano y nuestro ánimo se siente acongojado y triste. Pero, á poco que meditamos sobre este asunto, nuestro espíritu se reanima y nuevas fuerzas, que Dios nos envía, vienen á darnos entusiasmo y vida. Ya no tenemos el concurso de la inteligencia de nuestro director; pero tenemos el concurso del Eterno, que jamás falta á los que de buena voluntad y con rectos propósitos vienen á su obra. Los obreros, en vez de crecer, van disminuyendo en esta tierra clásica de la superstición y del fanatismo, en esta tierra, donde hacen más falta quizá que en otra alguna; Dios, sin embargo, proveerá.

Pero, entretanto que su voluntad se manifiesta de una ó de otra manera, los pocos obreros que quedamos, debemos trabajar más, esforzarnos más y hacer cada uno el trabajo de dos ó de tres, tanto como nuestras fuerzas lo permitan. La muerte implacable, va diezmando nuestras filas y se va llevando á los mejores de entre nosotros. La alegría entre nuestros enemigos crece por esta razón. «El cristianismo ha muerto en España, dicen. Los pocos que habia, van desapareciendo, barridos por el soplo de la muerte.» No, no, el cristianismo no ha muerto en España, ni morirá tampoco. Dios, que ha tenido compasión de este país, dándole la libertad de conciencia, hará que surjan nuevos obreros que difundan la buena nueva, que hablen, que escriban, que lleven á todas partes el anuncio de la Palabra Divina y que sean fieles mensajeros del Evangelio de Jesucristo.

Al comenzar este año, solos, sin el concurso del fundador de nuestro periódico, nuestras tareas, solo diremos que nuestro programa será el mismo, y que nuestros propósitos serán idénticos á los propósitos y al programa que La Luz viene sosteniendo desde su fundación. Cuatro años hace que veníamos trabajando al lado del Sr. Carrasco, y en esos cuatro años hemos podido saturarnos de los pensamientos que tenia y del espíritu que le animaba. Nuestra misión era antes predicar el Evangelio con el escrito, anunciar el reino de Cristo á las almas. Esa será también ahora. No tenemos otro propósito, no queremos hacer más.

No nos ocuparemos, como no nos hemos ocupa-

do en el trascurso de los años de vida que cuenta nuestro periódico, de cuestiones políticas. Esa es una esfera en que no nos incumbe penetrar. Si en las cuestiones políticas hay alguna, como á veces sucede, que se roce con las cuestiones religiosas, la trataremos con la mesura y la circunspección que cumple á hombres que solo se ocupan de la meditación de las cosas eternas. Nuestro reino no es de este mundo. Nosotros no venimos á defender intereses mundanos: tenemos por misión solo difundir la palabra de vida y traer almas al rebaño de Jesucristo.

Dicho esto, hacemos un llamamiento á todos los cristianos para que se interesen por esta nuestra obra. Los tiempos son difíciles, y las circunstancias, críticas. Nuestra pobre España yace agobiada bajo el peso de mil distintas calamidades. La hace falta, para que sus heridas se cierren, el bálsamo del Evangelio. Convirtámonos cada uno en un obrero de Cristo; llevemos el periódico, el tratado, la palabra evangélica á los corazones helados y fríos, y ellos se encenderán en santo ardor y se rejuvenecerán por completo, á la manera que los árboles, desnudos de verdura, á la venida de la primavera empiezan á mostrar sus botones, que se tornan en canastillos de hojas á los pocos días.

MEDITACION.

Comienza un año nuevo.

Tenemos, pues, trescientos sesenta y cinco días menos de vida del año transcurrido y á más todas las culpas que hayamos cometido en ellos.

El año pasado es, pues, un libro en el que tenemos dos partidas en contra nuestra: la una acusa menor cantidad de vida y la otra mayor cantidad de culpas.

¿Qué debemos hacer, pues?

Examinémonos: nos interesa examinarnos, porque la cuestión es de vida ó muerte para nosotros.

No nos fiemos en nuestra mocedad, en nuestra juventud, en nuestros bríos. La encina echa también raíces seculares en la tierra, y luego un día, un huracán más poderoso que ella, la desgaja y la arroja sobre el suelo que ella ha llenado por tantos años con su sombra.

Nada hay aquí estable. Los fuertes, delante de Dios, son más débiles que las ligeras cañas de los campos, y á veces los más débiles y los más miserables son los más poderosos delante de Dios.

¿Qué hay escrito en el libro del año transcurrido? Veámoslo.

Hoy, una tentación no rechazada; otro día, una

venganza satisfecha; ayer, una reputación deshonrada; mañana, la ruina quizás de una familia consumada por nosotros. No se ven más que negros pecados escritos en las hojas blancas de ese libro. Nuestra vida de ese año, como las de todos, por lo general, parece que ha sido realizada con tinta. ¡Tan negra es!

¿Qué propósitos tenemos? ¿Qué modelo contemplamos? No hay otro modelo que Cristo. Él es el guía, el camino, la salvación, la justicia, la concordia. Donde él no está, están todos los males. La virtud y el bien son los perfumes que de él se desprenden.

¿Nos cuesta algo ir á sus brazos? ¿Tan mal dueño es que no queremos ponernos bajo su tutela? ¿Qué quejas tenemos de él? ¿En las tempestades, no nos dá luz? ¿En las discordias, no nos ofrece paz? ¿En nuestros males morales y físicos, no nos presta alivio?

No hay que engañarse. No hay que fiarse en que la vida es larga. Salomón ha escrito en los Proverbios: «Oíd, hijos, la doctrina del padre, y estad atentos para que conozcáis cordura. Porque os doy buena enseñanza: no desamparéis mi ley. Porque yo fui hijo de mi padre, delicado y único delante de mi madre, y él me enseñaba y me decía: Mantengan tu corazón mis razones: guarda mis mandamientos y vivirás.» (Proverbios, IV, 1, 2, 3 y 4.)

El que no guarda los mandamientos del Señor no vive, porque no hay más vida verdadera que la que se conforma á los preceptos del Eterno.

No debe haber pasado en balde para nosotros el año transcurrido. Las experiencias cristianas de él deben hacernos para este más cautos, más morigerados, más prudentes, menos del mundo y más de Jesús.

Jeremías decía: «Así dijo Jehová: Paraos á los caminos y mirad y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él y hallareis descanso para vuestra alma. Mas dijeron: no andaremos.»

¿Contestaremos nosotros lo que los hijos de Jerusalén: «No andaremos?» No. Nuestra locura no llega al extremo de decir eso.

Hay una dicha que jamás se pierde: una esperanza que nunca se acaba: una paz que jamás termina: una felicidad tan eterna como puede serlo en la tierra, y es la de poseer á Jesucristo.

¿Dejaríamos el bien teniéndole tan á la mano? Ingratitud sería y sobre todo crimen.

LAS PEREGRINACIONES DE UN ALMA.

LEYENDA.

El Hijo de Dios estaba sentado en su tribunal, y en su derredor se oía el ruido sordo del trueno: detrás estaban los arcángeles, armados con la espada resplandiente, y á sus pies, las sombras de los recién nacidos muertos, inocentes almas que se arremolinaban en torno del trono de luz, como esos torbellinos de hojas secas, desprendidas de los árboles en otoño, que la brisa hace revolotear á los primeros resplandores de la aurora.

Sin embargo, una de ellas, la más delicada y blanca de todas, estaba un poco separada de las demás: era el alma de un niño muerto en el mismo instante en que se abrieron sus ojos á la luz. Su existencia sobre la tierra había durado casi el mismo tiempo que tarda en concebirse un pensamiento, muriendo aún antes de haber podido sentir lo que es la vida.

Por eso no sabía nada de los hombres.

El Cristo se preparaba en aquel momento á juzgar las nuevas almas que habían llegado al pie de su tribunal, las cuales esperaban la recompensa ó el castigo; pero tres de ellas, que estaban las últimas, dejaban escapar, á media voz, sus dolorosas quejas.

—¡Ah! decía la primera, ¿qué pena podrá imponer la justicia Divina á un desgraciado que ha estado condenado á vivir siempre á costa de sus sudores y lleno de cuidados? Nuestros primeros padres fueron castigados

con justicia, porque probaron voluntariamente y con grandes delicias el fruto del árbol prohibido; pero yo he roído dolorosamente, y sin quererlo, el amargo fruto del trabajo y del pecado.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! exclamaba la segunda voz, ¿qué puedo temer de la cólera del Omnipotente? ¿No me ha tenido ya veinte años metido en las fatigas, las privaciones y los tormentos de la guerra? Mi brazo ha peleado contra las naciones armadas, habiendo derramado mi sangre gota á gota por cincuenta heridas. He estado, sin querer, separado de mi madre en la edad en que se sabe quererla. El mismo Dios no puede inventar un suplicio comparable con semejante vida.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! decía la tercera voz, ¿qué valen todas esas pruebas al lado de las mías? ¡Los dolores de la tierra os han hecho tristes; pero yo me he vuelto más triste aún con sus alegrías! Poder, gloria, riquezas, todo lo he conocido, y todo probado, habiendo visto que todo era vanidad y miseria. Rey de los hombres, los miraba desde mi elevación para ver mejor su ingratitud, su bajeza y avaricia; la desgracia y la maldad gobernaban el mundo; yo he caminado conservándolas, contra mi voluntad, á mi derecha y á mi izquierda, como dos ángeles exterminadores. Condenándome Dios, ¿cómo podría absolverse á sí mismo por haberme concedido el poder sin darme consejeros ni consuelos?

De este modo murmuraban las tres sombras malditas, presintiendo el anatema que iba á herirlas. El alma joven las escuchaba con asombro, y conmovida de lástima, sentía quebrantarse su confianza en la equidad de su Eterno Juez, preguntándose con espanto si era verdad que había impuesto á aquellas criaturas tareas tan imposibles, y si la vida humana no era más que una serie de variados tormentos.

El Hijo de Dios, que de una sola mirada lee en las almas, adivinó sus dudas, y llamándola á sí con un ademán, la dijo dulcemente:

—La queja de los réprobos te ha turbado y estás tratando de saber lo que es la vida terrenal que se dá al hombre como prueba, temiendo que el padre haya enviado á sus hijos á las tinieblas subterráneas sin lámparas para guiarse en el camino. Vas á juzgar por tí misma, para que tu experiencia sirva de juicio á esos tres réprobos. Desciende entre los hombres á vivir sucesivamente en esas tres condiciones, y concluida la prueba, volverás aquí para decidir de su suerte. Apenas acabó Dios de decir esto, cuando ya su voluntad estaba cumplida: el alma inocente principió la triple peregrinación que se le impusiera, y las tres sombras malditas se quedaron esperando el resultado de ella.

Por fin llegó el día señalado, y el alma viajera compareció ante el trono del Señor. A su lado se hallaban el pobre, el soldado y el monarca.

—Habla, le dijo el Juez Supremo, y dá un ejemplo patente de la justicia ó de la iniquidad de mi Padre. Has vivido en tu trabajo cotidiano, como esa primera sombra; dínos, pues, si has padecido todo lo que ella ha dicho que ha sufrido.

—Sí, respondió el alma, y acaso más aun; pero por encima de todas mis miserias ha brillado siempre una estrella, una estrella que has encendido en nosotros ¡oh Cristo! y que me ha dado fuerzas para soportarlo todo sin desaliento. Cuando mis fuerzas se acababan con el frío, el cansancio y la pobreza, y no veía en mi derredor más que un desierto, elevábase poco á poco su resplandor para mostrarme en lontananza, como en un espejo, ese mundo en que cada cual es recompensado según su fé, y donde Dios nos paga por su propia mano nuestros atrasos de felicidad. Entonces, cada privación me parecía un ahorro hecho para el cielo y la resignación aliviaba mis dolores. Esa estrella se llama *Esperanza*.

—¿Y cómo tu delicado cuerpo ha podido soportar las fatigas de la guerra? ¿Cómo no ha cedido tu alma al contagio de la violencia ó de la cobardía?

—Tú mismo, ¡oh Cristo! habías previsto esta desgracia, encomendándome la defensa de mi país. ¿No me confiaste, por ventura, una misión de generosidad y de valor? El hombre que combate por sí mismo es dueño de seguir los impulsos de su pasión; pero el que combate por los derechos que Dios le confía para defenderlos, no obedece á la ira ni al interés, sino que cumple un deber y lo hace con serenidad. Lo que padece es por aquellos que viven á la sombra de su bandera, y lo que aventura es para que otros vivan con seguridad. Animado con estos pensamientos, las fatigas son más ligeras y menos dolorosas las heridas, y el hombre anda con seguridad por el camino verdadero, guarecido con una coraza impenetrable que se llama la *Fé*.

—Falta la tercera prueba, dijo Jesús, porque también has vivido en un palacio, con una corona en la frente y los pies sobre la multitud. Esta vez al menos no has tenido que soportar las heridas de las batallas, ni las tentaciones de la pobreza.

—No, respondió el alma, pero tenía en su lugar la indolencia del reposo y las tentaciones de la opulencia. Como vivía lejos de las miserias, no me cuidaba de ellas, y los goces que me rodeaban me parecían tan desabridos como el agua de la corriente. Colocado á tanta altura sobre los hombres, los veía tan débiles y mezquinos,

que intuitivamente se iba aminorando mi estimación hacia ellos; me parecía un hormiguero que hubiera podido destruir con el pie, y mi corazón, hastiado de los placeres permitidos, hubiera acaso probado el mal, si tu bondad no hubiera colocado á mi lado un ángel que me leía tu palabra, dulcificaba mi orgullo y me recordaba sin cesar que hasta los más humildes y más débiles eran hermanos míos, y este ángel se llama *Caridad*.

El alma calló, y entonces el Cristo, levantando su frente, dijo:

—Ahora habrán aprendido los pecadores que mi Padre no deja nunca al hombre sin recurso en medio de los obstáculos de la vida. Si esos tres sucumbieron, es porque renunciaron á los tres dones, que debían sostenerlos y salvarlos, y allí donde no hallaron mas que desgracias, una alma sencilla ha sabido encontrar mil alegrías. La vida terrestre, dada por mi Padre, se parece al agua del cielo: recogíendola en un corazón creyente y firme como la roca, se encuentra dulce como la miel; pero recibéndola en el fango, se vuelve un brebaje envenenado. No hay paz en la tierra sino para las almas de buena voluntad.

A LA MEMORIA DE CARRASCO.

I.

La negra noche, que en silencio pasa,
La amarga ola que su tumba fué,
Los ruidos todos de la triste casa
Claman: «¡Ay de él!»

II.

Ya no arderá la lumbre de sus ojos,
Su mágica palabra se apagó.
Solo saben do existen sus despojos
El mar y Dios.

III.

¡Te fuiste, sí, te fuiste, pobre amigo!
Sollozo eterno arrancará tu fin,
Que el mar tan duro se mostró contigo,
Que hasta á sus monstruos te ofreció en festín.

Llora, alma mía, llora, que tu llanto
Agrada, no lo dudes, al Señor.
Las lágrimas, á veces, son un canto
Mejor que el mejor cántico, mejor.

IV.

Ya en la sagrada tribuna
El bien de muchos no labras;
Ni tus sentidas palabras
Irán cayendo una á una.

El Evangelio ha perdido
Su propagador más diestro.
Se nos ha ido ya el maestro
Y para siempre se ha ido.

Jesucristo nos ampara
Y su protección es mucha;
Pues que Jesús nos escucha,
Es cobarde el que se para.

Del Padre junto al dosel
El goza de beatitud;
Una nueva juventud
Ha empezado para él.

Callemos, pues, entretanto
Y apláquese nuestra pena;
Se ha ido á una tierra tan buena
Que en esa tierra no hay llanto.

ANDRÉS SÁNCHEZ DEL REAL.

UNA FELIZ TRASFORMACION.

Un misionero de una ciudad nos ha dado la siguiente reseña de su conversacion con un infiel y los resultados que obtuvo de ella, de lo cual no dudamos se enterarán con satisfacción nuestros lectores:

«La primera vez, dice, que le encontré fué en una taberna bebiendo con otros. Apenas empecé á hablarle, le ofrecí un impreso religioso, á lo cual correspondió con palabras y espresiones que no me es permitido reproducir. Tenía el alma encallecida, digámoslo así, y su

lenguaje habia de revelarlo. Yo no pude ménos de vencerme de que era un blasfemo y un infiel empedernido. Durante la conversacion, le dije que á todos nos aguarda una vida ó una muerte eterna; pero en vano, pues me respondió con un aire de indiferencia y desden, propios del estado de su alma, que tanto se ocupaba de la vida futura, como de una col que habia en la tienda de un verdulero. Sin embargo, no me abatió una contradicción tan decidida, y, confiando en Dios, esperé lograrla vencerle. Así sucedió, pues al cabo de un largo rato de hablar sobre la materia, logré reducirle á que tomara un impreso religioso y lo leyera. Al separarnos, me ofreció estudiarlo detenidamente, y si llegaba á conformarse con el contenido, recibir otro impreso análogo cada domingo por la mañana. No faltó á su promesa, y así durante seis semanas me estuvo esperando los domingos desde temprano para recibir el impreso.

Pasado este tiempo, me rogó que le acompañase á su casa para conocer á su esposa é hijos, á lo cual accedí; habiendo experimentado tres semanas despues la gran satisfaccion de que me acompañara á la casa de Dios, donde fué entonces por primera vez despues de nueve años que llevaba de casado. ¡Cuán maravilloso fué el efecto que Dios produjo en el ánimo de aquel desdichado! De leon, lo convirtió en cordero; de infiel, en creyente; le hizo inaugurar una vida moral y religiosa, muy distinta de la que habia tenido hasta aquella época.

Lo primero que se notó en el converso fué un completo abandono de la costumbre de jurar y de ir á la tabernilla; y como si la casa de la mision hubiera sido siempre su morada predilecta, allí se le veia acudir cuando sus ocupaciones le permitian un rato de desahogo; allí hablaba con los misioneros, procurando que le instruyeran, y allí se identificaba más y más cada día con todo lo que habia de hacerle acreedor á una vida futura. En una palabra, la bendición de Dios habia recaído sobre él. Serian necesarias muchas páginas para reseñar todos los bienes que el Altísimo le habia concedido; pero basta añadir á las indicaciones que preceden, que aquel hombre tan infiel y blasfemo antes, oraba diariamente, y con él, su esposa é hijos, y que su casa era una morada verdaderamente cristiana.

Hé aquí como, por la omnipotente voluntad de Dios, á los 44 años de edad se trasformó aquel hombre, que al parecer estaba destinado á una condenacion eterna. ¡Aquel hombre, que jamás leyó la Biblia, porque no creía en ella, y para quien ahora es el mejor de los tesoros!

Á DIOS.

¿Ves las concitadas ondas cuál se extinguen al rodar sobre las anchas playas, al piloto dirigir con afán la proa de su nave al puerto, ó al tierno pajarillo correr á ocultarse bajo las maternales alas, cuando se acerca el milano que amenaza devorarlo? Pues así el alma mia, cuando errante, fugitiva llega ante tí, se refugia y busca amparo en tu inefable amor.

Hablas, y atento mi corazón escucha; y si lloro, tu ojo, Señor, cuenta gota á gota las lágrimas que abundosas surcan mis mejillas.

Cuál la creacion, mudo permanezco ante tu omnipotente y sublime magestad. Solo hay en mí un débil murmullo, unos informes sonidos que en vano intentan traducir mis pensamientos.

¡Mas, como veo, en esos instantes, á la hora llena de esperanzas, hundirse en el insondable abismo de la eternidad!

¿Qué importan las frases con que el alma exhale sus afectos en la presencia de su autor? Es su lenguaje semejante al éxtasis que embarga mis sentidos.

Sean cualesquiera los conceptos que mi voz dibuje en el espacio al querer expresar lo que siento, esta sangre ardiente que circula por mis venas, este pecho que anhelante suspira, este corazón que contrito vibra, este semblante bañado en llanto, este silencio, esta unción, ¿no son, Señor, la más fervorosa y elocuente plegaria del precito que se humilla ante tu omnipotencia?

Estremécese la vasta superficie de las aguas al ver los rayos del rey del día, asomando por las lindes del Oriente.

Giran los astros en sus círculos de luz, y las soberanas leyes de la gravedad los mantiene fijos en las ignotas regiones del éter.

Elévanse las llamas hácia el empíreo en vertiginosas y revueltas espirales.

Trina conceptos de sin igual ternura, en la espesura umbría, el canoro ruiseñor.

Murmura el límpido arroyuelo, que cual sierpe de plata cruza rápido por la llanura.

Juegan las risueñas brisas con el aroma de las flores.

Mugen los vientos, cúbrese el horizonte de caprichosas y opacas nubes; ábreanse las cataratas del cielo; rasga la atmósfera el cárdeno relámpago; estalla el rayo en la altura; y tú, Señor, desde tu escelso trono, que se extiende sobre la inmensidad de lo infinito, comprendes y notas omnisciente sus misteriosas armonías.

¿Y no me has de comprender á mí?

Escucha, escucha, Señor, mi ferviente súplica; advina lo que mi espíritu concibe, que, aunque mudo, es el silencio la voz suprema y dolorida del infeliz que está apartado de tu amor.

Tú eres, yo soy. Yo que te adoro, que me olvido del mundo, del universo, del tiempo que se aleja de mí cual vaporoso fantasma, del espacio que extingue, del sol que encendido brilla, de mí mismo, y solo convierto mi atención á tí.

Pero cuán dichosa es esta fruición que experimento, este éxtasis en que se arroba el alma, esta inenarrable dicha que penetra todo mi sér, esta melancolía en que mi mente se abisma y se precipita.

¡Señor, tú eres mi amor único!

¿NACE EL HOMBRE CON LA IDEA DE DIOS?

NOTABLE EXPERIENCIA HECHA EN UN NIÑO.

Mr. Sintenis, despues de haber habitado largo tiempo en una ciudad alemana, se retiró al campo á vivir en una casa aislada. Estaba sumamente triste porque habia perdido á su mujer, jóven aun, á quien amaba mucho, y no le habia quedado de ella más que un niño de tierna edad. Él mismo educó á su hijo en un aislamiento completo, é hizo de manera que no pudiese oír ni leer el nombre de la divinidad.

Dos motivos tuvo para esto; el primero era que temia, como Rousseau, que su discípulo no concibiese una idea falsa del Sér Supremo, si se le daba antes de que su inteligencia estuviese bien desarrollada, y el segundo, que queria hacer con su hijo una experiencia, cuyo resultado buscaba con ahínco. Los filósofos y los teólogos de su país agitaban á la sazón una cuestion que no carece de interés para el conocimiento de la naturaleza humana: tratábase de saber si el hombre nace ó no con la idea de Dios.

Este niño, él mismo es quien lo cuenta, no tenia comunicacion ninguna sino con su padre. Las lecciones se las daba ordinariamente al aire libre; en presencia de los objetos y fenómenos de la naturaleza, que formaban su objeto principal; la lengua latina la aprendia al mismo tiempo que la propia, aunque solo de viva voz, porque el discípulo no aprendió á leer sino muy tarde; á la edad de diez años no habia oído ni leído el nombre de Dios. Sin embargo, á defecto del nombre el discípulo sintió vivamente la necesidad del objeto, y creyó haberlo encontrado en el sol. Como ese astro deslumbrador parece pasearse todos los días del Levante al Poniente, esparciendo sobre la tierra luz y calor, el niño no titubeó un momento en hacer de él un sér viviente, como lo hizo el antiguo paganismo; pero guardó el mayor silencio sobre este punto. Todas las mañanas, cuando hacia buen tiempo, se iba misteriosamente al jardín para presenciar el espectáculo de la salida del astro del día, y rendirle sus homenajes. Ninguna vestal le tuvo nunca un culto más cordial, sincero y puro, como él mismo confesó despues.

Su padre, que sospechó lo que pasaba, sorprendió un día al jóven idólatra cuando estaba arrodillado, y con los brazos abiertos hácia el cielo, dirigiendo sus ardientes plegarias á aquella divinidad que se habia forjado.

El padre conoció que ya era tiempo de elevar á su hijo de la criatura al Criador, y para ello le dió algunas lecciones de astronomía, haciéndole entender que

todas las estrellas que brillan con su propia luz, son otros tantos soles esparcidos en la bóveda inmensa de los cielos.

Este descubrimiento llenó de desolacion el alma de aquel niño, porque ya no sabia hácia quién dirigir su pensamiento, su gratitud y sus deseos. Para consolarle, su Mentor le habló por fin del Sér Supremo, dueño y ordenador de todo el universo.

Mediante esta sistemática educacion, el padre resolvió, de hecho, la gran cuestion de los sábios de su país, pudiendo ver al mismo tiempo cómo la naturaleza humana, inocente y pura todavía, llama aún á Dios, á un solo Dios, y cómo, cuando no tiene á nadie que la ayude, le busca entre los objetos sensibles que más despiertan su atencion, dirigiéndose al astro cuyo esplendor oscurece todos los demás desde que se presenta, y que evidentemente es el sér bienhechor por excelencia de todos los habitantes de la tierra. Así nació el culto del sol en los antiguos tiempos, ese culto que en épocas modernas hemos hallado en las Américas, en los pacíficos y prósperos Estados de los Incas. La experiencia que el padre hizo con su hijo merece la atencion en el dominio de la ciencia; pero también le costó bien caro en un principio al pobre niño que habia gozado de su Dios, y que espermentó el mayor desconsuelo cuando lo hubo perdido, sin saber en dónde debia reposar su alma en adelante.

Su madre, si hubiese vivido, no se habria prestado seguramente á hacer semejantes experiencias con su hijo.

LA MANO DE MI MADRE.

¿Por qué os admirais, jovencitos, al ver mis cabellos blancos? También á vosotros os saldrán canas con los trabajos y los años.

Antes fui jóven como vosotros; como vosotros tuve una madre que velaba á la cabecera de mi cama, que enjugaba mis lágrimas con sus lábios, que me enseñaba á balbucear las primeras sílabas.

Y cuando llegaba la noche me hacia poner de rodillas á su lado, y poniendo su mano sobre mi cabeza, oraba, de rodillas también, oraba por mí.

Y en tanto que sentia su mano sobre mi frente, volvía á ver los ángeles con sus alas desplegadas, y me parecia habitar el mundo radiante de donde habia bajado.

Pero llegó un día terrible, un día en que me separaron de ella, un día ¡ay! en que murió.

Me lo dijeron, pero no lo comprendí; cogí una rosa blanca, y me deslicé en su aposento. Mi madre dormia con un sueño extraño, y por primera vez sus labios no se abrieron para responderme.

Aquella noche me arrodillé tristemente y me puse á orar. Su mano no descansaba ya sobre mi frente, y sin embargo, la sentia aún; pero en vez de los rostros radiantes de los ángeles, veía la pálida y descompuesta fisonomía de mi madre.

Los años pasaron rápidamente, y crecí en medio de una salvaje y caprichosa independencia; luego me maltrataron mucho las pasiones y me quedé abatido por el huracán. Pero en medio de la calma de las noches sentia el contacto de aquella dulce y poderosa mano y oraba y lloraba sin cesar.

Con la juventud llegaron los atractivos y los escollos del placer; pero cuando estaba al borde del abismo, la mano de mi madre me detenía en él.

Como antiguamente, me parecia que aquella mano enredaba en mi cabellera, y una voz lejana me decia: «Hijo mio, ¡guárdate de caer, no peques contra tu Dios!»

La edad ha debilitado mi memoria; me ha velado los objetos y embotado los sonidos; pero aquel sagrado canto ha permanecido presente como el primer día; en mis cabellos, blancos por los hielos de los años, siento aún la mano bienhechora de mi madre.

Y cuando al traspasar el oscuro pasaje de la tumba entrevea el cielo, la mano de mi madre me guiará hácia ella y hácia Dios.

Los dos mundos.

Dos mundos hay: en el uno, se vive poco y se sale de él para no volverle á ver nunca jamás; en el otro, se entra bien luego para nunca salir. El favor, la autoridad, los amigos, la elevada reputacion, los muchos bienes sirven para el primero; el desprecio de todas esas cosas sirve para el segundo: elegid.

De los juicios humanos.

¿En qué estamos pensando cuando nos desgarramos mutuamente con tantas sospechas injustas? ¡Ay! ¡El género humano es naturalmente muy curioso! Cada cual desea ver lo que está oculto y juzgar sobre las intenciones. Este afán hace que se adivine lo que no se ve, y como nunca queremos engañarnos, sucede que la sospecha se cambia bien luego en certidumbre hasta que llegamos á llamar convicción lo que no es regularmente sino una conjetura, y esta invención de nuestra mente la aplaudimos y la acrecentamos desmesuradamente. Si en medio de estas sospechas llega á despertarse nuestra cólera, no hacemos la menor cosa para apagarla, porque «nadie cree injusta su cólera,» como dice un hombre ilestre. Luego llegan las inquietudes alimentadas por la desconfianza; y muchas veces nos batimos contra una sombra, ó más bien la sombra nos hace atacar al cuerpo. Quiero aprender á no pensar nunca mal, á ver sin adivinar y á no ser precipitado en mis juicios. Si á esto se me dice que todos me engañan en este mundo, responderé que esto es preferible á aguzar el ingenio para burlarse del honor y de la reputación de los demás. Más vale ser siempre engañado que vivir en la desconfianza, hija de la cobardía y madre de las disensiones. Dejadme, pues, en ese error inocente que me inspira la humanidad, la verdad y la prudencia: la humanidad me manda creer en el bien y no en el mal; la prudencia me enseña á no precipitar mis fallos y la verdad me enseña también á no aventurar opiniones temerarias para condenar á los culpables de miedo que sin pensarlo no hiera á los inocentes con injurias mortales.

(Bossuet.)

SALMO PRIMERO.

Felicidad del hombre piadoso; infelicidad de los impíos.

Varon bienaventurado
Con bendiciones sin cuento
Es aquel que no se mezcla
De impíos en el consejo,
Ni de pecadores sigue
El criminal derrotero,
Ni en la silla de procaces
Mofadores, toma asiento.
Antes bien, en la ley tiene
De Jehová su contento,
Y día y noche medita
En los divinos preceptos.
Será cual árbol plantado
Cabe arroyos de aguas llenos,
Cuya verdura no mengua,
Y sus frutos dá á su tiempo.
Próspero así será todo.
Todo cuanto hiciere el bueno.
No así los malos: cual tamo
Serán, que arrebatá el viento.
No se alzarán en el juicio
Los malos, por tanto, absueltos;
Ni en el gremio de los justos
Habrán parte para ellos.
Que ve Jehová y aprueba
De los justos el sendero;
Mas á perdición conducen
Las sendas de los protervos.

Version de J. B. Cabrera.

La patria celestial.

He visitado la montaña, el sosegado valle y la mar bulliciosa: voy por todas partes con el corazón apagado y sin alegría: cada suspiro que se escapa de mis labios, dice incesantemente:

—¿Patria, dónde estás?

Aquí el sol me parece frío, las flores agostadas, la lengua de los hombres resuena de un modo extraño en mis oídos: me creo extranjero en todas partes.

—¿En dónde estás, querida patria! ¡Patria buscada, anhelada y siempre invisible, en dónde estás! ¡Patria tan llena de esperanzas, patria en dónde florecen mis rosas, en donde están mis ilusiones, patria en donde se habla mi lengua, en donde se halla todo lo que me falta en este mundo!

Por todas partes voy con el corazón apagado y sin

alegría: cada suspiro que se escapa de mis labios dice incesantemente:

—¿Patria, en dónde te hallas?

Y una voz que atraviesa los aires me dice:

—Estranjero: la dicha no florece sino allí donde tú no estás, en el cielo.



El placer del desprecio de los placeres.

¿Qué mayor placer que el de despreciar aquellos mismos placeres que, sin poder contentarnos, no nos dejan nunca quietos y tranquilos?

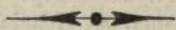
¿Cuándo podremos satisfacernos con ese placer sublime siempre igual, siempre uniforme, que nace, no de la perturbación del alma, sino de su paz; no de su enfermedad, sino de su salud; no de sus pasiones, sino de su deber; no del fervor inquieto y variable de sus deseos, sino de la rectitud inalterable de su conciencia, placer verdadero que no agita la voluntad, sino que la calma, y que no sorprende la razón, sino que la esclarece!



Máximas.

No habéis nunca de vuestra dicha á un hombre infortunado.

Las flaquezas retrasan, las pasiones extravían y los vicios destruyen.



LA COMISION PERMANENTE

DE LA IGLESIA CRISTIANA ESPAÑOLA

A TODOS LOS PASTORES DE LA MISMA IGLESIA (1).

Queridos hermanos y colegas en el ministerio de la Palabra:

Cumplimos hoy con un triste pero sagrado deber, confirmando la noticia, que ya por otros conductos habéis recibido, de la muerte de D. Antonio Carrasco y Palomo, Pastor de la Iglesia del Redentor en Madrid, miembro de esta Comisión permanente, ex-presidente de nuestra Iglesia, etc., etc., ocurrida en el naufragio del vapor trasatlántico *Ville du Havre* el 22 de Noviembre de este año.

La pérdida es sensible y la resignación debe ser grande.

Se ha cumplido la voluntad del Señor, y su nombre debe ser bendito para siempre.

Todos hemos perdido para esta tierra un hombre infatigable, un amigo cariñoso, un hermano querido; pero él ha ido á la presencia de Dios, que le habrá galardonado según sus obras.

El luto en todos nuestros pulpitos sería un tributo, aunque pequeño, de respeto á la memoria del eminente orador cristiano.

Al significar así vuestro duelo en las Iglesias que están á vuestro cargo, no os olvidéis de orar al Padre de las misericordias, para que suscite nuevos obreros en el Evangelio, prepare un Pastor para la congregación que queda huérfana, y envíe los consuelos indispensables á la joven viuda y á los tiernos hijos que deja nuestro hermano.

La gracia de nuestro señor Jesucristo sea con todos vosotros.

Madrid 16 Diciembre 1873.

El Moderador, Juan B. Cabrera.—El Secretario, Federico Fliedner.

REMITIDO.

Sr. D. Andrés Sanchez del Real.

Mi querido amigo: Dispénsame que ocupe algún lugar en LA LUZ con algunas noticias que no dejarán de leer por curiosidad los suscritores de ella. Se trata nada menos que de un milagro ocurrido en Valencia, al decir de los periódicos de aquella ciudad.

La revista valenciana intitulada *La Ilustración Popular Económica*, nos dice que doña Carmen Burcet, soltera, habitante en la calle de Chofrens, núm. 6, piso segundo, estaba imposibilitada, hace más de un año, por una parálisis de las piernas, habiéndola visitado los médicos D. José María Velazquez, D. Jaime

Mur y Morera y D. Félix Martínez. No encontraba alivio en la ciencia; y prometió hacerse hermana de la orden tercera de San Francisco de Paula. Con este objeto la llevaron en un carruaje el día 7 de este mes á la iglesia de San Sebastian. Se confesó sentada en una silla, quiso arrodillarse para tomar la Eucaristía y no pudiendo, la recibió en pie, apoyada en dos muletas y sostenida por dos hermanas que la acompañaban. Apenas recibió la hostia dicen que sintió una conmoción interior y exclamó: «Gracias, santo glorioso,» y recobró el uso de sus miembros, pudiendo volver por sus pies á su casa.

El mismo periódico nos dice que la enferma tenía también dos llagas bajo los brazos y una úlcera de mal carácter en el pie derecho, la cual el día 6 manaba copiosamente, quedando curadas repentinamente tanto esta como las otras dos, y que en el momento mismo en que experimentó en la gran novedad, se oyó en el cristal que cubre el nicho de la santa imagen un notable golpe que percibieron todos y les hizo levantar hacia allí los ojos y mirarse después unos á otros sorprendidos.

Esta curación portentosa se atribuye por muchos á milagro. Esto no necesita comentarios por nuestra parte, porque nuestros lectores se los podrán hacer á medida que vayan leyendo la anterior narración.

Recuerdo en estos momentos otro ó otros milagros ocurridos en Sevilla el año pasado con otras señoras enfermas que fueron sanadas con la *mantequilla de un perro* que llevaba un peregrino. Aquello aunque fué defendido de una manera formal por el *ilustrado teólogo grazalemente* el Dr. Gago en las columnas de *El Oriente*, fué rechazado con pruebas evidentes por los médicos en otro periódico y por todas las personas de algún juicio. Es de esperar que pase otro tanto en Valencia, pues el siglo XIX ni puede callar ante semejantes ridiculeces, ni quiere que la Iglesia usurpe los méritos á la ciencia.

¿Cuánto nos reiríamos si fuéramos á hacer una revista de milagros! Pero no puedo pasar en alto, puesto que de milagros hablo, uno que hace más de un siglo tuvo lugar en el término de esta ciudad. Se iba á construir un templo destinado á *Jesús pobre* y se necesitaba algún medio para trasladar la piedra, cuando ¡oh oportunidad! se presentó el diablo á fray Pedro Esteve, hijo de esta población. El P. Esteve le amaró con un rosario y el diablo quedó hecho un borrico que sirvió para acercar al punto necesario todos los materiales de construcción.

Tengo prisa y no puedo estenderme más.

Pásalo bien y manda á tu amigo que te aprecia,

F. DE A. CABRERA.

LA LUZ

PERIÓDICO CRISTIANO

NUEVAS CONDICIONES.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

Puntos de suscripción.

En Madrid.....	Santa Isabel, 39, 2.º, derecha.
	Madera Baja, 8.
	Librería Nacional y Extranjera, Jacometrezo, 59.
En Zaragoza....	Calle de San Jorge, cochera Ascobaretta.
En Valladolid..	Regalado, 5, Capilla evangélica.
En Cartagena..	Capilla evangélica, plaza de las Monjas.
En Córdoba....	Calle de José Rey, 8.
En Santander..	Calle del Limón, 9, 3.º, izquierda.
En Valencia....	Calle de Serranos, 27, segundo.
En Sevilla.....	Calle de Quintana, 25.
En la Coruña...	Librería de D. Vicente Abad.

MADRID.—1874

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNANDEZ

San Miguel, 23, bajo